

# La Pintura

Antumbra



# Capítulo 1

1

Entre más veía la pintura, más seguro me encontraba de que ésta se desvanecía y que, a cambio, en mi mente se dibujaba un escenario coherente con sus angulosas pinceladas, como si, de alguna manera inexplicable, yo me estuviese robando esa obra de arte con sólo sostener la mirada.

Quizá era una ilusión, pero los segundos sólo me confirmaban que, de existir, ésta sólo transcurría en el interior de mi cabeza, en el fondo de mis ojos... poco a poco, un boceto extravagante y exótico, que contrastaba con mi propia imaginación, con mis propias ideas, se hallaba penetrándome, excavando hasta pintar sus cimientos en lo más profundo de mi subconsciente: el piso adoquinado apareció primero. Rocas triangulares de tonos dorados se extendían en un resplandeciente sendero que conducía a una arboleda de hojas de cobre y troncos de bronce. El prado antes del bosque hacía gala de una parsimoniosa danza al compás del soplido del viento, convirtiéndose en una acolchonada capa color esmeralda que se mecía con la delicadeza de una cabellera sedosa.

No creí posible que en mi onírico espacio personal se estuviese labrando, por sí solo, un paisaje de semejante belleza. La exquisitez de la vista se veía realzada aún más por los vientos que llevaban polvo de plata, pequeños y finos fragmentos que titilaban con suavidad por reflejo de un sol de oro que, sentado en un trono infinito de turquesa pulida, se alzaba como rey por sobre todas las cosas, por sobre mí, bañándose con su gracia... Oh, su majestad, imagino yo, estará usted al borde de un delirio que esconde tras su luz, porque aquí me encuentro, de pie fuera de su reino, con la absoluta libertad de internarme en él, cuando yo no creo merecer semejante honor.

2

De cuando en cuando regreso a la galería, encontrándome de nuevo parado frente a la pintura. Sabía que no lo estaba imaginando. Al enfocar la vista, me encuentro con un cuadro cada vez más vacío, transparentándose con lentitud. Es curioso. Siento que la galería es el espejismo en que se me está forzando a permanecer, mientras que la pintura me muestra el lugar al que debo regresar.

Aquí pertenezco. La arboleda me hace una invitación muy cortés que, siendo sincero, estoy tentado a aceptar. Me pregunto por qué no la he aceptado aún. Sigo aquí, de pie en el sendero, inmóvil, estático como el Rey Sol, que pareciera estar esperando mi respuesta... Oh, mi Lord, jamás podría ostentar yo semejante confianza vulgar para profanar tamaño

santuario. Deme usted pues, si tal es su voluntad, la orden de adentrarme en las entrañas de aquel sinuoso paraje, aguardando por mí tras la cortina de bronce que ondea dulcemente en la lejanía, llamándome.

3

De nuevo fuera. La insulsa y artificiosa luz amarillenta que ilumina la pintura me parece una ofensa para mi Lord, el Rey Sol que, aun estando presente, se le subestima y asignan a un insignificante y fatuo bombillo incandescente, alimentado por el ego y la codicia, en vez de dejar que la majestuosidad y elegancia de su magnificencia me deje atisbar cada detalle de las pinceladas que describen su reino, su reino tan amado, el reino al que tanto añoro volver.

El primer paso. Un primer y exquisito paso que me conduce más y más cerca de la arboleda. Conforme me aproximo, mis pupilas vislumbran un arco formado por dos árboles, uno de cada lado, que entrelazan sus extremidades en un estrecho y fraternal gesto de hermandad. ¡No! ¿Cómo es esto posible? Una imponente reja de barrotes negros como la misma oscuridad de la que he intentado escapar me veda la entrada. En el centro, una enorme cerradura de diamante, que sirve de corazón para toda una cadena que custodia las rejas, me devuelve la esperanza: ¡Una llave! ¡Sólo necesito la llave! Es una llave pequeña, la que necesito para abrir la cerradura. Del tamaño de mi dedo meñique, imagino. Mi pecho se queda helado, y giro la cabeza, con mis ojos clavados en piso ¡Aquí, la llave debe estar tirada por aquí, sólo debo encontrarla! Arrodillándome, poso mis manos sobre el immaculado sendero dorado, pero éste arde, me quema al contacto con la piel. ¿Es el precio a pagar por la gloria, Mi Lord? De ser así, yo, con gran humildad, he de cumplir su voluntad... Me importa poco que mis manos se llenen de ampollas, yo pagaré el precio que se me ha impuesto por adentrarme en lo que, intuyo y siento en mi alma, es la Tierra de Luz, la inspiración para los campos elíseos, el paraíso, el sitio de último descanso...

4

Los ojos me arden. Pestañear es un insulto. Reconocer la grandeza de la pintura, mi indulto. La caravana de personas que han venido a contemplarte me reclama con empujones y majaderías, cada uno de ellos exigiéndome que los deje gozarte, tenerte al igual que yo te tengo ahora. En mi egoísmo, me niego a mover un dedo de mi lugar, porque es donde estoy, donde siempre debí estar: en mi lugar. Con la mirada fija, sigo adentrándome, buscando...

¡Maldición! ¡No encuentro la llave! Dios, ¿Qué afrenta habré yo cometido para verme exiliado de esta manera tan cruel? ¿Qué hice para merecer el suplicio de la intriga y la desesperanza? ¿Por qué mostrarme semejante reino, si no seré capaz de recorrerlo? ¡Su majestad, se lo ruego! Sometido

ante mi dolor y mis lágrimas, lanzo reverencias al viento, justo frente a las rejas, apoyando manos y frente en el ardiente sendero dorado. Haré lo que haga falta, mi Señor... Si acaso pregunta por mis intenciones para entrar, me sinceraré, lo juro, se lo diré: En mi vida creí llegar a sentir siquiera el placer de una vana sonrisa. Es ante su reino, ante la inaudita belleza de su dominio, que he hallado la felicidad, que por fin he descubierto de que cada lágrima, cada minuto en la oscuridad y cada herida han valido la pena para llegar aquí, al bosque forjado por las manos de Dios... de mi Dios Sol. Sí, mi Lord, su majestad. Para mí, usted es más grande que cualquier mundano título que pudiese ostentar cualquier pillo mortal de sangre azul. Para mí, usted es más que mi rey: usted es mi Dios... así que, por favor, Dios Sol, escuche mis rezos, atienda mis súplicas, acuda a mi llamado, para cumplirme un mísero deseo, para escuchar mi petición, para hacer realidad mi único capricho: Déjame encontrar la llave, para quedarme aquí por siempre.

5

La tierra se sacude. La gente se olvida de mí y de mi egoísta sentido de pertenencia al metro cuadrado de suelo al que me aferro. Una onda de viento choca contra el complejo, rompiendo el silencio que por fin encontré tras la fuga de la manada de bestias que se arrebataban por hacerme a un lado. Las luces se apagan, y una bola de fuego cruza el techo falso, estrellándose a suficiente distancia de mí para sentir el abrasador aliento de fuego que desprende. No me importa, me es indistinto que esa diminuta estrella llameante pueda estar devorando el lugar, incluso si entre su lista de presas está el cuadro, al que ha llegado una chispa dorada que enciende el óleo... ¡El cuadro! Si me fuera de aquí, no me lo perdonaría. Habré de concluir lo que he comenzado: debo devorar el cuadro con la mirada...

¡No, Dios mío, por favor, no! Me niego a abandonar el sendero a la arboleda, el prado, el viento, me rehúso a apartarme de mi hogar, del sagrado camino que usted, mi Todo Sol, ha dispuesto ante mí. A cada instante, el reflejo de las hojas a lo lejos se me figura más intenso, como una insistente llamada a refugiarme bajo su sombra. Debo ir allí, sin importar el costo. Habré de ir donde usted me diga... ¡Dígame algo! ¡Yo, aquí postrado de rodillas, temeroso por su gloria, le imploro por el milagro de su palabra! ¡No me abandone, no me deje irme! ¡Quiero estar aquí, la Tierra de Luz, no en la Tierra de Fango! ¡Jamás me iré! ¿Me escucha? ¡No volveré!... ¡Espéreme!

6

Me descubro tendido en el piso, con el cuerpo entumido. En cuanto mi cuerpo concibe levantarse, me avoco a erguirme, buscando no ayuda, no supervivientes... sino la pintura. Dios... la pintura se ha marchado. Lo único que queda en su lugar, es un marco de plástico derretido que cuelga

torcido en una pared corroída por el fuego. La galería, antes llena de vida, ahora es un escabroso almacén en ruinas humeantes.

Por más que fulmino al cuadro con la mirada, no puedo pertenecer a él, al escenario que más he amado. Afuera, sólo me espera la fría soledad, y por si fuese poco, una ofensiva copia del paraíso que tanto me ha cautivado; el sendero que recorro está cubierto de polvo. La arboleda se ha convertido en dos hileras de edificios demacrados y con las ventanas rotas. El pasto ya no existe, sólo hay maleza marchita. El viento ya no acarrea plata, sino que, en su lugar, hay una permanente lluvia de ceniza que cae perezosa sobre todo lo que existe. El cielo es sólo un gran telón gris oscuro, dejando pasar apenas unas cuantas caricias de... ¡MI TODO SOL! ¡¿Qué te ha pasado?! Tu resplandor, menguado, triste, apagado, agonizante... Antes, el farol del mundo que protegía al mundo con su abrigo dorado, y hoy, sólo eres un insulso disco rojizo que se oculta temeroso tras los oscuros faldones de una madre enferma y sobreprotectora, que te aísla de todos nosotros, que te aleja de mí, ahora que más necesitamos de ti. ¡Maldición! ¡Maldigo a los que, con su hambre de poder, acabaron por traer desolación y agobio! ¡Maldigo mi suerte, que nunca pude encontrar la llave!

No lo soporto. No me quedaré a vivir en esta Tierra de Ceniza... quiero ir a la Tierra de Luz... Aguarde, ¡Aún puedo ir, porque yo robé la pintura! Todavía puedo ser feliz... pero, la llave, no la tengo. ¡Claro! ¿Sabe qué, Mi Todo Sol? Se me acaba de ocurrir una manera de hacerlo, acabo de descifrarlo; en mi bolsillo guardo el último vestigio de hierro forjado que queda. En mi corazón, sé con certeza que la llave no estaba allí. Me alegro de haberlo descubierto. Esta es mi resolución, mi Lord: Sólo podré llegar a su reino haciendo llegar metal real a mi mente, a mis sueños, donde por fin pueda moldearlo para convertirlo en una llave que me permita abrir la reja... Su majestad, mi Lord, Mi Rey Sol, Mi Dios Sol, Mi Todo Sol, no coma ansias, que pronto estaré con usted, en sus mágicas tierras, frente a la arboleda de bronce, en el sendero de oro, respirando el viendo de plata, acariciando el prado de esmeralda, bajo un trono infinito de turquesa pulida, bajo su absoluta potestad. Espéreme, volveré... ¡Espéreme, estoy por volver! ¡Aguarde por mí, se lo suplico! ¡Por favor, espéreme!... ¡ESPÉREME!